



Lentamente, Brzezinski ha ido radicalizando su postura inicial y se ha lanzado a una política de dureza sin paliativos. En la foto, el consejero de Seguridad de los Estados Unidos, segundo por la izquierda, durante la celebración del XXV aniversario de la revolución argelina, en Argel, el pasado mes de octubre.

El poder en la sombra

CIUDADANO BRZEZINSKI

RICARDO SASTRE

EN el principio era él. En el centro de todos los principios había un oscuro profesor de Ciencias Políticas de la Universidad de Columbia que hablaba con acento extranjero. Durante mucho tiempo este hombre tejió, pacientemente, las redes hasta crear uno de los entramados de poder personal más formidables de que se tiene memoria.

En menos de diez años contribuyó poderosamente a reunir en un frente común a los grupos industriales y financieros más poderosos del mundo. Partero de la Trilateral, parece haber estudiado detenidamente el internacionalismo proletario, según las teorías marxistas, para darles la vuelta. Pero este "plutócratas del mundo unidos" no era la única finalidad: era nece-

sario, además, el poder político y el militar. El señor profesor se inventa un presidente y se coloca a sí mismo como conciencia y espíritu de aquél. Ya es el Richelieu, el padre José, el Mazarino de un inesperado presidente ("Jimmy, who?", decía la oposición a Carter) totalmente ignorante en política exterior.

Después, todo el poder del mundo. El megalómano capricho de la geoestrategia: el eje Tokio-Washington-Pekín; el subimperialismo de los países "menores": Francia en Africa, Israel-Egipto en Oriente Medio; el reforzamiento de la OTAN; el reinicio de la guerra fría... Hasta realiza algunas labores más propias, según creencias, de la voluntad divina: los obispos americanos a instancias suyas sacan adelante la can-

didatura papal de un tal cardenal Wojtyla. El hoy Juan Pablo II y el ubicuo ciudadano Brzezinski tienen algo en común: Polonia, país del que ambos son originarios y que hoy creen sometida por un régimen diabólico.

Un hombre clave

En Estados Unidos se suele desconfiar de los políticos de origen extranjero. Se piensa, y no sin razón, que acostumbra a tener una reflexión demasiado fría, distanciada, de la mayor parte de los problemas que tiene el país. Se les ve casi como a elementos apátridas, sin ataduras emocionales con el lugar en que viven; se está convencido que a la hora de tomar una grave decisión tendrá más en cuen-

ta cifras y estimaciones, fuerzas y contrafuerzas, que vidas humanas. No es siempre así, desde luego, pero realmente parece haber bastantes posibilidades de que esto ocurra.

Por ejemplo, el caso de Brzezinski, un individuo brillante y uno de los teóricos más importantes en materia de política internacional. Nacido en Polonia en 1928, es llevado por su padre a los Estados Unidos en calidad de disidentes políticos. Este irredentismo de la patria "sojuzgada" será la constante obsesión del joven profesor, que no se nacionalizará americano hasta fines de la década de los cincuenta. Tanto en sus obras como en sus trabajos más cortos mantiene la tesis —más tarde de todos los "halcones"— de que una

CIUDADANO BRZEZINSKI

confrontación bélica, incluida la eventualidad nuclear, supondría una grave pérdida de vidas y de equipamiento por parte occidental, pero vendría a ser una especie de "inversión" a largo plazo, menos costosa que la erosión que supone la progresiva pérdida de países y mercados a causa de la victoria propagandística y revolucionaria del comunismo.

A fines de la década de los sesenta, Zbigniew Brzezinski es un hombre absolutamente clave. De una u otra manera, forma parte de los clubs de élite más importantes de los Estados Unidos. Era miembro del famoso club o sociedad Bilderberg y, según se dice, representaba ya en ella los intereses de David Rockefeller. Esta sociedad, fundada en 1954 y cuyo presidente era el príncipe Bernardo de Holanda, fue el antecedente directo de la Trilateral. Era ya un intento de unión de grandes grupos de presión económica, aunque, en principio, sólo a nivel de estudio, investigación y, todo lo más, consultivo.

También fue miembro del Council of Foreign Affairs (CFA), una institución privada dependiente de los Morgan y los Rockefeller, editora de la famosa revista "Foreign Affairs". Del CFA salieron, entre otros, en los últimos años Henry Kissinger y Zbig Brzezinski. Antes lo hicieron los hermanos Allen y Foster Dulles y Averell Harriman.

En otro sentido, el hoy consejero de Seguridad pertenecía al Instituto Hudson, éste dominado por el gran capital sureño, cuyo gran patrón es Paul J. Austin, presidente de Coca-Cola, General Electric, Dow Jones, etc. En este respetable Instituto conoció Brzezinski al gran Austin, que ya había apoyado, con su dinero e influencia, la candidatura a gobernador del Estado de Georgia a un poco conoci-

do ingeniero nuclear, dueño de una fábrica de cacahuetes llamado James Earl Carter.

Aunque parece que la idea de la Trilateral fue totalmente de David Rockefeller, Brzezinski fue el hombre clave para lograr la unión entre los dos grupos más pujantes de multinacionales americanas: los que representaban Austin, por un lado, y Rockefeller, por otro. Brzezinski pertenecía al "área" de Rockefeller como miembro de la sociedad Bilderberg y del Council of Foreign Affairs. También estaba en la órbita de Austin como perteneciente al Hudson. Era, sin duda, el hombre que enlazaba discretamente a los dos "grandes" en la época de gestación de la gran alianza del capital.

Fue él también el que presentó a Carter a Rockefeller, probablemente a instancias de Austin. En 1972 Carter fue invitado por el presidente del Chase Manhattan a formar parte de "una nueva organización internacional de élites que estaba formando y que se llamaría la Comisión Trilateral".

Al parecer, Carter había caído bien al poderoso Brzezinski. Nadie se podía explicar qué atractivo tenía el industrial del cacahute para el profesor universitario. La opinión de muchos es que Brzezinski tuvo la suficiente perspicacia como para descubrir una enorme posibilidad electoral en Carter, que simbolizaba el conservadurismo "ilustrado" y contenía una

imagen pública más cercana a los Kennedy que a los Nixon y Ford. Probablemente, además, sabía que, por su condición de americano reciente, no podía aspirar al poder desde la Presidencia, y calculó la necesidad de una persona que lo ejerciera y sobre la que, un pasado de amistad y favores, pudiera influir poderosamente en un futuro.

A partir de 1973, año en que comienzan las reuniones de la Trilateral con Brzezinski como presidente, la aplicación de Carter es puesta a prueba. En una famosa entrevista que concede Brzezinski a la revista "Playboy" muestra su satisfacción porque el hoy Presidente no dejó de asistir "ni una sola vez" a estas reuniones en los tres años siguientes.

La dura realidad

Experto en temas del mundo socialista (forma parte del Instituto de Asuntos Comunistas de la Universidad de Columbia y ha sido consultor de la CIA para Europa oriental), Brzezinski consideraba como más adecuado la búsqueda de la descomposición ideológica de los regímenes comunistas que el enfrentamiento directo con los mismos. Sólo le faltaba el poder para llevar adelante sus proyectos.

Este, para la Trilateral, es fácil de conseguir. Uno de sus periódicos, el "Washington Post", acaba con el entonces Presidente Nixon, vía Watergate. Un vacilante y torpe sucesor, Gerald Ford, apenas tendrá nada que hacer en su confrontación con Carter, que trae un gigantesco respaldo y una buenisima campaña de imagen. Se forma el primer Gobierno trilateral.

En éste hay cinco hombres claves y, de entre ellos, dos son el centro. Los cinco, además de Carter, eran Mondale,



Brzezinski con el Presidente Carter.

**TIEMPO DE
HISTORIA**

Vázquez Montalbán

**LENIN LA REALIDAD
Y EL DESEO**

Aparece Muskie

UN sastrecillo polaco, Marczyszewski, se estableció en Rumford, Maine (centro textil) y allí tuvo un hijo, Edmundo. Emigrante y católico, tenía pocas oportunidades. Creyó que su nombre le perjudicaba (error: véase Brzezinski, en el mismo caso), y lo cambió por el de Muskie. Admond Muskie acaba de llegar a la

Secretaría de Estado, después de la espectacular dimisión de Cyrus Vance. En su biografía, un doctorado en Derecho, unos años de abogado en ejercicio en un pueblo, servicio militar en la guerra como oficial de Marina y un principio de carrera política, a ser desmovilizado, en su Estado natal. A los cuarenta años llegó a ser el primer gobernador demócrata del Estado del Maine, después de veinte años de gobernador republicano; en 1958 fue el primer senador demócrata de toda la historia de ese Estado. En el Senado, Johnson se fijó en él y le fue elevando. En 1968 figuró como candidato a la Vicepresidencia con Humphrey de Presidente: la candidatura fracasó. En 1972 aspiró a ser Presidente, frente a Nixon: no lo consiguió.

En todas sus campañas, en sus trabajos como senador, se ha ganado fama de liberal, de integracionista, incluso de kennediano. Su elección por Carter en estos momentos, cuan-



El nuevo secretario de Estado, Edmond Muskie, con el Presidente norteamericano, en Camp David.

do Muskie tiene ya sesenta y seis años — nació el 28 de marzo de 1914— parece indicar un deseo de contrapesar otra vez —como ya lo hacía Vance— el belicismo de Brzezinski; Muskie sería, en este caso, la paloma. Un cargo difícil para este tiempo y para el que se avecina.

Durante su estancia en Madrid, Nixon ha dicho que Brzezinski y Muskie tenían una cosa en común: el mal humor, el mal genio. Podría emplearlo en enfrentarse con Brzezinski. En otros tiempos no vacilaba en oponerse al poder: frente al propio Johnson, su padrino político, cuando éste sometió al Congreso la ley sobre la organización de las villas y Muskie se opuso en el Senado y obligó a reformarla según sus propios proyectos (se le considera un especialista en cuestiones urbanas). Todo ello le hizo ganar fama de independiente. Veremos si la mantiene. ■

J. ALDEBARAN.

Brown, Blumenthal, Cyrus Vance y Brzezinski. Entre éstos eran los dos últimos las figuras fundamentales. Vance, en su condición de "superlawyer", procedía del poderoso grupo de presión que forman los abogados de Wall Street; Brzezinski, como ya queda dicho, representaba el trilateralismo en sus más altas instancias.

Entre Vance y Brzezinski hubo desde el principio un enfrentamiento táctico que con el tiempo se convirtió en real. Brzezinski había trazado las líneas generales por las que debía discurrir la política exterior americana: de un lado, la teoría de los derechos humanos, el avance de un diálogo con el mundo comunista; por otro, la intensificación de los medios para influir "sobre las conductas sociales de los hombres", tema que le es especialmente querido. Vance, en su papel de paloma, llevará adelante con el propio Carter la campaña de los derechos humanos y las conversaciones SALT. Brzezinski se

ocupará personalmente de temas tales como los disidentes soviéticos, el "eurocomunismo" (en el que cree descubrir posibilidades de disgregación del campo marxista), la reactivación de los núcleos religiosos y nacionalistas en el campo enemigo, etcétera.

El resultado real es la guerra fría de nuevo. Las propagandas insidiosas, el apoyo a los refugiados que pregonan las injusticias padecidas, la repentina actividad de las minorías produce una reacción de signo contrario en los países comunistas que mueven sus peones en sentido paralelo. Por otro lado, el evidente reforzamiento de la OTAN y la cada vez mayor alianza "estratégica" de China con Japón y Estados Unidos lleva a la URSS a intentar aventuras exteriores que le proporcionen un respiro antes de quedar atrapada en la proyectada tenaza del consejero de Seguridad de Carter.

Brzezinski se siente orgulloso de su paciente labor. Dice en una reciente entrevista:

"Hemos conseguido avances significativos, hasta el punto de haber roto el aislamiento en que había quedado Estados Unidos en el curso de los años setenta. Hoy día nuestras relaciones con América Latina, con los países africanos y con China son mejores que hace cuatro años... Desde el punto de vista estratégico hemos contribuido a infundir nueva vida a la OTAN, estamos preparando a las fuerzas de intervención rápida y hemos incrementado en términos reales nuestros gastos militares. En resumen, hemos comenzado a corregir las tendencias negativas que eran tan evidentes antes de la llegada de Jimmy Carter a la Casa Blanca". ("El País", 24-IV-80.)

Estas declaraciones, resumen de su actividad en cuatro años, precedían en sólo unos cuantos días el tremendo desastre del intento de rescate de los rehenes americanos en Teherán.

El hecho es que la estrategia de influencia en las "con-

ciencias políticas" ha sido más bien poco efectiva. La masiva propaganda antisoviética ha producido, desde luego, una radicalización ideológica en el mundo occidental, pero los cambios en los países socialistas no han sido perceptibles. En cambio, la URSS ha respondido con el pragmatismo en casos tan claros como el de Afganistán, afrontando una propaganda adversa que por haber sido puesta en marcha con meses de antelación apenas ha tenido un efecto apreciable.

Así, lentamente, Brzezinski, en opinión de muchos observadores americanos (diversos editoriales del "New York Times" han sido escritos estos días en tal sentido), ha ido radicalizando su postura inicial y cansándose del doble juego de palomas y halcones, que estaba en el fondo dificultando la política de dureza sin paliativos que creía necesario llevar adelante. El enfrentamiento final con Vance hay que encajarlo en tal sentido y los puntos de poder que parecían estar inciertos se han inclinado finalmente a su favor.

Por otro lado, la necesaria reactivación de los servicios secretos americanos ha tropezado con dos fuertes obstáculos. Uno es el de su estructura anterior, ligada a intereses no siempre trilaterales; otro, y más importante, es la propia conducta del consejero de Seguridad, que al parecer toma cualquier objeción a sus planes como cobardía y falta de colaboración. En opinión de un destacado miembro de la CIA, uno de los motivos del fracaso de la acción en Teherán fue que nadie en los servicios de información del Ejército ni de la CIA se atrevió a decirle a Brzezinski que no habría un solo iraní que secundara su acción. Cometía así el mismo error de Allen Dulles en lo de Bahía de Cochinos.

La crisis de Irán ha tenido malas consecuencias para el Gobierno trilateral, pero ha venido a demostrar una cosa al menos: quién manda en la Casa Blanca. Las palabras, las posturas arrogantes de Brzezinski en estos últimos días lo han dejado claro. Hoy por hoy lo que se ha venido llamando la etapa trilateral o la de la tecnocracia se confunde en la Historia con ese supercerebro de la misma que es Zbigniew Brzezinski. ■ R. S.